

Chismes, cuentos, chascarrillos, anécdotas, epigramas, fábulas, modas, teatros, artículos festivos de los mejores escritores nacionales y extranjeros.

6 rs. por trimestre en Madrid. Administración, Jardines, 11, librería.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los tome y el que no los deje), acertijos, charadas, logogrifos y lo que verá el curioso lector.

6 rs. por trimestre en provincias, remitidos en sellos ó libranzas á la Administración.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato. Lo que fuere sonará.

HISTORIA

TRÁGICA Y CÓMICA

DE UNA PIEZA DE DOS CUARTOS.

Nací el año 1804, según consta en mí misma, y de los cuatro primeros años de mi vida ninguna noticia puedo dar; el 2 de mayo de 1808 fué la primera vez que me di cuenta de mi existencia; hallábame en el bolsillo de uno de los valientes sacrificados por los invasores, y una bala francesa, dirigida á mi dueño, vino á señalar-me para siempre. Cayó mi dueño, y yo salté del bolsillo, y allí quedé abandonada, hasta que algunos días después un hijo de mi dueño, que fué á llorar y á rezar en aquel sitio, me recogió, no por codicia, sino porque, examinándome, adivinó que sin duda habria pertenecido á alguno de aquellos valientes inicuamente asesinados. No podía yo decirle que su mismo padre habia sido mi dueño; pero él, como si lo supiera, juró conservarme mientras viviera.

Vino tras aquella época otra infausta, en que mi propietario y su mujer y sus hijos sufrieron el horrible tormento del hambre, y yo fui respetada; verdad es que entonces dos cuartos valian menos que nunca, y con dos cuartos no habia mas que para comprar un cordelillo con que ahorcarse un hombre.

Vinieron mejores tiempos, y mi nuevo legítimo dueño, que á ninguno de los que he tenido he profesado mas afecto, tuvo trabajo, y pudo vivir mas desahogada, aunque siempre modestamente; pero el estremado cariño que me tenia dió ocasion á que le sucediera la mayor de las desgracias, la de verse sin mi compañía, que le servia de consuelo, que le conservaba perpétuamente en la memoria y en el corazon la honradez, el valor y las virtudes cristianas de su padre....

Siempre me llevaba en el bolsillo, nunca me separaba de él; y una noche, cuando nos retirábamos del trabajo, acompañada yo de algunos duros que mi dueño acababa de cobrar, nos sorprendieron en una calle desierta dos ladrones que, navaja en mano, le acometieron indefenso y descuidado. Defendió mi dueño, no el dinero, sino la alhaja de mayor precio que para él habia en el mundo; pero uno de los ladrones le hirió sin compasión, y el otro le arrebató del bolsillo cuantas monedas encontró. Dió voces, lloró, suplicó mi dueño por mí, pero faltáronle las fuerzas, y los ladrones no esperaron que pudiera recobrarlas.

En una taberna,—era la primera vez que me veía yo en una taberna,—reuniéronse mis nuevos ilegítimos dueños con otros de su estofa, y todos bebieron y trincaron alegremente hasta la madrugada, que se separaron, quedando yo con otras monedas de plata y cobré en poder de uno de ellos, mozo de cuenta, que al día siguiente hizo con estremada limpieza no pocos robos en los sitios mas concurridos de la poblacion. Mucha era mi tristeza por haberme separado de mi dueño amado; pero mayor era la vergüenza que me causaba verme esclava de aquel miserable, que no contento con robar en las calles y en las tiendas, tambien se atrevió á entrar en la iglesia con aire muy contrito para hacer de las suyas entre los fieles devotos. Nadie al verle arrodillado, moviendo los labios como si rezara, y fija la vista en las santas imágenes, hubiera creído que era un ladrón re-

domado y un tuno de primera fuerza, y mucho menos si lo hubiese visto, al salir del templo, santiguarse, meter la mano en el bolsillo, sacar una pieza de dos cuartos, y dársela á un pobre que alargaba tímidamente la mano á cuantos se acercaban, entrando ó saliendo, al pórtico de la iglesia.

La pieza de dos cuartos era yo; el pobre, despues de decir al ladrón:—«Dios se lo pague, hermano, y le corone de gloria,»—me besó, y me guardó en compañía de unos mugrientos ochavos y alguna que otra pieza de dos cuartos dudosa. Algo me consoló de mi irreparable pérdida haber venido á dar en manos de un pobre, á quien deseaba servir para que pudiera comprar con que desayunarse, pues que le oí decir cuando pedia, que iban ya pasados dos dias sin que cosa caliente hubiera entrado en su cuerpo.

No me llevó á comprar pan el pobre; llevóme á su casa, si casa podia llamarse el chiribitil donde vivia, y apenas entramos, lo primero que hizo fué deshacerse en denuestos é injurias contra los fieles que ya no daban limosna ó daban un ochavo ó dos cuartos á lo sumo, y echarse al colete como medio cuartillo de aguardiente que, según oía, debia tener mas grados que un capitán general, despues de lo cual nos colocó sobre una mesilla á los ochavos y á mí, y comenzó á sacar del cajon grandes cartuchos de onzas, duros, pesetas, y mas de mil pilas de monedas de mi clase, en cada una de las cuales habia diez y siete, es decir, una peseta, menos en la postrera, que solo contaba diez y seis; en esta me colocó para completarla, y allí quedé cautiva en poder de aquel ruin avaro, y en la innoble compañía de aquel dinero, que de nada servia. Dolióme mucho mi suerte, pero, como las monedas tenemos la virtud de la conformidad, única que tenemos, sufrí resignada mi suerte, y allí me estuve hasta que el destino, que no es siempre adverso ni siempre favorable, me dió mejor empleo. Seis meses vivió aquel infame, al cabo de los cuales murió de una borrachera solitaria de las que acostumbraba tomar, cuando volvía á recojerse, y todo el dinero que se le encontró fué á dar en la justicia, que debió hacer uso, y buen uso, del dinero en breve término, cuando á un heredero forzoso que tenia el difunto, no llegaron mas que las pesetas en cuartos, y la ropa usada por aquel, que no sé por cuántos habria sido usada antes, según estaba de rota, raída y vetusta. Pronto mudé de dueño; el heredero del rico pobre gastó toda la herencia en una comida en la fonda de Perona, á la que concurrieron los toreros de mas fama, algunos comediantes, el apuntador de la Cruz y varias damas, tan buenas para un fregado como para un barrido, aunque ellas no barrian ni fregaban, porque fregar y barrer es una honesta ocupacion, y ellas me parece que no tenían ninguna, á no ser ocupacion de estómago, á consecuencia de las comilonas y franca-chelas á que jamás se resistian.

Pocos momentos estuve en la fonda de Perona, y lo sentí, porque allí estaba en una casa honrada y oían bien los guisos que se servian á los concurrentes; pero diéronme en el cambio de un duro á una viudita golosa y verde, muy colorada y frescachona, que entró á comprar una chuleta para administrársela despues en su casita, en compañía del gato y una copita de Jerez seco. Seca me quedé yo, cuando llegaba la noche, vi hasta una docena de mujeres entre jóvenes y viejas, y las oí murmurar de lo lindo, y despellejar al prójimo, y acabar por sentarse á jugar modestamente al monte,

acompañadas de un covachuelista, un administrador de no sé qué monjas, un hermano mayor de las ánimas, y tres ó cuatro pisaverdes, que hacian el amor á las mas jóvenes, entre las que se contaba, porque ella quería contarse, no porque lo fuera, la viuda verde de la chuleta. Escusó decir que tomé parte en el juego, y que en media hora pertencí á todos los que componian aquella escogida reunion; pero no omitiré que sobre si una de las jugadoras me habia ganado ó nó, armóse allí una pendencia, en la que oí tales cosas, que me avergoncé como una doncella inocente y tímida,—y eso que las monedas no han conocido jamás la vergüenza.—Y despues de las palabras y los trapos sacados á relucir, vinieron las manotadas al aire, y luego los repelones, y si no se hubiera apagado la luz con el aire de la pelea, hubieran visto los concurrentes cosas que no son para vistas; en esta confusion, una mano inadvertida se posó sobre mí y con ella me llevó á un bolsillo que con la oscuridad no pude saber á quién pertenecia. En la bolsa del hermano mayor de las ánimas, que era otra, amanecí, y por un poco de rapé, que no habrá bastante nunca con que llenar las narices de aquella apreciable persona, me dejó en un estanco, donde no me detuvieron mucho, y desde donde ocupé sucesivamente los bolsillos de mas de mil individuos, hasta venir á parar, sin saber cómo ni cuándo, en el chaleco de un ministro, de donde me sacó el ayuda de cámara que le limpiaba la ropa y el dinero, porque no habia de llevar S. E. llenos de cuartos los bolsillos, y de los del ayuda de cámara me limpió el lacayo del ministro, que limpiaba la ropa al ayuda de cámara, yendo á parar despues de muchas idas y venidas por la casa del citado personaje, á una vendedora de buñuelos, que me recibió con gran júbilo porque conmigo se estrenaba aquel día. Pero aquella misma tarde, despues de haber recorrido todo Madrid, y pasado por mil manos, sin haberlo pensado siquiera, emprendí un viaje á Francia en el bolsillo de cierto conspirador, que huia bonitamente el bulto. Mucho me alegró ir á visitar países estranos, y algún dia, si tengo dinero, emprenderé la publicacion de las observaciones que hice en los que he visto, que puede decirse que son todos los conocidos. Mucho tiempo estuve en poder del conspirador, que aunque me dió varias veces, ninguno me quiso tomar fuera de mi patria. Veinte años estuve lejos de ella; pero al cabo de este tiempo hubo de haber amnistía, ó subió al poder el partido político de mi dueño, porque este se decidió á volver, y sin duda se las prometia muy felices; cuando al llegar á la puerta de Bilbao me sacó del bolsillo donde habia quedado yo sola, y arrojándome al lodo exclamó con arrogancia: «¡Despues de veinte años, un hombre como yo no ha de entrar con dos cuartos en Madrid!»

No estuve mucho tiempo en tan humillante abandono, porque un sepulturero de cuatro que llevaban un difunto al cementerio, me vió, me recogió y me guardó, y me empleó en vino en el primer figón que encontramos. Pero el día siguiente, ya estaba yo en Madrid, en el cajon de un carnicero, que me dió á una criada, que me dió á su novio, soldado que me dió á la cantinera, que me dió al tambor mayor, que me dió al cabo furriel, que me dió al sargento, desde el cual, pasando por todos los grados de la milicia, llegué al bolsillo de un capitán general, que me dió de limosna á un ciego, que al tocarme tembló y me volvió á tocar, y fué á pedir por Dios á un transeunte le dijera el año de mi nacimiento y si tenia en el bulto la señal de un balazo...

Era mi dueño, mi legítimo, mi adorado dueño, el hijo del fusilado inhumanamente por los invasores de la patria.

Desde que yo le falté habían llovido sobre él desdichas sin cuento, habían muerto todos los suyos, su mujer, sus hijos, había perdido su escasa fortuna, y la fortuna mayor de los humanos, la vista; pero desde que volvió a tenerme en su poder, Dios se apiadó del infeliz, la caridad le dio amparo y abrigo, la ciencia le hizo recobrar la vista, le hizo gozar el mayor bien, el de contemplar otra vez la moneda que acompañó al suplicio á su padre, y resignado y tranquilo, y acompañado de mí murió tan honrado como había vivido.—Encargó que con él me enterraran, pero no cumplieron este sagrado deber, no por codicia, sino por olvido; dejáronme debajo de la almohada en que cayó su cabeza cuando hubo exhalado el postrer suspiro.

Después me han dado y me han tomado innumerables millones de veces, pero en mi historia no hay ya poesía, solo hay prosa, vulgar prosa.—Soy una pieza de dos cuartos, que no significa más que dos cuartos.

Hoy me han dado por un número de EL CASCABEL, y he aprovechado esta ocasión para referir á VV. lo único que merece consignarse de mi vida.

¡ADIOS!

Adios, idolatrada patria mía, y al decirte este adiós, cuánto he llorado! Con este adiós que el corazón te envía huyeron de mi pecho enamorado las ilusiones ¡ay! que yo tenía.

No te guardo rencor, nada te arguya; no me pidiste amar, no es culpa tuya, culpa es del cielo, pues á Dios le plugo que fueras tan hermosa mi verdugo.

Como ha de ser! en este mundo amargo lo mejor del camino es no ser largo, y aunque es áspera y triste mi carrera, yo con resignación la voy andando, pues tengo una esperanza lisonjera que estoy acariciando, lo que he de descansar cuando me muera!

Bajo la tumba fría no quemará la ardiente frente mía, y estará descansado mi pobre corazón enarado, cuando á servir de poste en una broma el gusano más gordo se lo coma.

Como padezco tanto, me cautiva esa terrible eterna perspectiva. Menos de Dios, de todos olvidado ni un recuerdo tendré de lo pasado, y Dios hará justicia.

Y la alma sin ventura que estuvo á mas altura que el mundo y que su estúpida malicia; la favorable y la contraria suerte en el dintel se para de la muerte.

Y en tanto que el doctor me la receta veré desvanecerse una por una mis ricas ilusiones de fortuna, mis encantados sueños de poeta.

Adios por siempre, adiós, sueños queridos, en la cuna os mecí de mis amores, también con mis amores fuisteis idos, ¡ojala que á otro deis días mejores! Yo, errante peregrino, la tierra ingrata con mi llanto riego, y sigó á tropozones mi camino solo, desamparado, pobre y ciego.

¡Ay! adiós otra vez, luz de mi vida; estas ardientes lágrimas que lloro á mi esperanza dan la despedida. ¡Que mate la esperanza y aun te adoro!

N. SERRA.

LOS JUGADORES.

(Conclusion)

Ya hemos llegado á la casa donde tantas esperanzas mueren y tantos vicios nacen; no tiraremos del cordón de la campanilla, porque el sonido de esta alarmaría á los dueños de la casa ó del garito, mejor dicho, y alteraría, aunque momentáneamente, la tranquilidad de los jugadores. La campanilla no suena en aquella casa mas que cuando llega la policía... Y á propósito de la policía diria yo algo aquí, si no re-

clamasen mi atención los jugadores, que son los protagonistas en una casa de juego.

En medio de un salon, pródigamente iluminado, está la mesa fatal, y se conoce que está por el considerable número de personas que la rodean, de pié las que han llegado tarde, y sentadas las que tuvieron mas fortuna ó menos que hacer, ó mas afición, y llegaron á la hora de dar comienzo las operaciones. Aproximándonos, podremos ver en el centro de la mesa una regular cantidad de dinero en metálico y billetes del Banco, y dos ó tres barajas, de las que está pendiente á veces la suerte de una familia y el honor de un hombre, y aun alguna vez el de una mujer. Ocupando el centro y sentados uno enfrente de otro, hay dos señores, que son los dueños de aquel dinero, si bien algunas veces aquel dinero pertenece á otro, y no pocas á otros, contribuyendo cada cual con lo que puede, ofrecen una cantidad regular á la avaricia de los puntos, cantidad que suelen perder, aunque no es esto lo mas probable, porque, como dice el refran, de enero á enero el dinero es del banquero.

Los dos señores nombrados tienen fisonomía como todos los mortales, pero su fisonomía no es el espejo de su alma. En su fisonomía no se retratan jamás los sentimientos; ajenos á toda emoción, aquellos hombres permanecen tan serios é impassibles cuando el dinero de los puntos viene á aumentar el capital que arriesgan, como cuando el dinero del centro pasa á las manos de los puntos.—No parece sino que tienen evidencia de la exactitud de aquel refran que acabo de citar.

Estos señores ocupan aquel puesto una ó dos horas invariablemente, y se retiran impassibles dejándolo á otros dos, que vienen á hacer ni mas ni menos que lo que ellos hicieron. Si el lector desea saber la historia de alguno de estos señores, puede preguntarla á quien la conozca mejor que yo, que solo sé que el uno tallaba diez años hace en Jerez, y hace ocho años en Lorca, y el año antes ganó tanto en Valencia; y que el otro se llama Fulano y le conocen por un alias que adquirió en nó sé qué punto, y que los dos, á la cuenta, viven tallando mucho tiempo há, lo que me hace sospechar que han olvidado la profesion que tuvieron, ó están consagrados exclusivamente al juego, empleando en esto su dinero, el de los demás y la mayor parte de su tiempo.

De los puntos podré dar noticias mas exactas al curioso lector.

Punto se llama el jugador que pone dinero á una de dos cartas, y gana el doble de lo que puso si sale la igual á la que eligió antes que la desairada; y lo pierde si sale esta, con gran satisfacción de los que jugaban á esta y nó á aquella.

Repáre el lector en aquel hombre que, sentado al lado del banquero, y teniendo delante un monton de napoleones, está jugando hace un rato á las cartas colocadas á la derecha; empezó ganando tres seguidas, y él, que se precia de observador é inteligente, ha deducido de tan buen resultado que, siguiendo jugando á la derecha, va á ganar una cantidad fabulosa, como si no fuera tan fácil que venga antes la carta de la izquierda como que venga la de la derecha; pero los jugadores avezados y prácticos tienen preocupaciones muy curiosas, y quieren sujetar á reglas invariables lo que siempre es azar; así es que hay algunos que solo juegan menores, y otros que no juegan mas que mayores, y otros que juegan á las de abajo, y otros á las de arriba, sin que les curen de manias semejantes los grandes y continuos petardos que les dan las dichas cartas.

Ese hombre tenia, tiene todavía, y es lo unico que tiene, un nombre ilustre; todos sus ascendientes merecieron la consideracion y el aprecio del mundo, porque todos se distinguieron por sus virtudes, por su talento y por sus servicios á la patria. El ha sido también hombre honrado, y buen hijo y buen esposo, pero la fatalidad le llevó una vez á una casa de juego, donde comenzó por olvidar el buen nombre de los suyos, y concluyó por olvidarse de su mujer, del mundo y de sí mismo. El mejor éxito coronó sus primeras operaciones, y el infeliz se dejó arrastrar por el vicio hasta el estremo en que hoy le vemos. Al principio, cuando le faltaba dinero que arriesgar, lo adquiria enagenando sus propiedades; cuando estas le faltaron, lo adquirió de menguados usureros, y cuando ya su firma no tenia crédito ni valor alguno, cuando no hallaba modo de dar satisfacción al vicio que le dominaba y á las necesidades de su familia, no hubo humillacion que no arrostrase ni paso vergonzoso que no diera, para procurarse alguna miserable cantidad, con la que soñaba el desgraciado volver á levantar la base de su fortuna para siempre perdida. Y tanto ciega ese vicio, de tal modo esclaviza al hombre á quien pierde, que ese mismo hombre tuvo una noche en su poder hasta 50,000 rs. que el genio del juego le proporcionó, sin duda para burlarse de él, y cuando por la mañana salió de aquella maldita casa, volvió sin un solo real á la suya, donde le esperaba una pobre mujer, anegada en lágrimas, velando el sueño eterno de una niña, que mientras él ganaba y perdía aquella suma, había muerto de hambre y de frío en los brazos de la mas desdichada de las madres. Aquella mujer no podía

amar ya al miserable padre asesino de su hija, y al mismo tiempo que el cadáver de esta, salió la infeliz de la casa conyugal, donde habia entrado algunos años antes hermosa y soñando un porvenir de amor y tranquilidad, y de donde salia pobre, sin la hija de su alma, sin pan, y con el remordimiento de haber puesto su amor en un hombre envilecido.—El volvió en sí un momento, vió la enormidad de su crimen y se avergonzó de sí mismo; pero la fatalidad, que se apodera de un hombre en el umbral de la casa de juego, y no lo abandona hasta dejarlo encerrado en un atahud, le llevó otra vez á la mesa del tapete verde, y ahí está y ahí estará hasta que esa misma fatalidad le haga cometer un crimen de los que castigan las leyes humanas,—que hay muchos crímenes en el mundo no castigados por esas leyes,—y vaya á acabar sus dias en un presidio.

El lector querrá saber cómo se procura ese hombre el dinero indispensable para jugar. Se lo procura de la manera mas indigna; su mujer, que vive separada de él, y ganando el pan con su trabajo, es la víctima elegida por el desventurado. Unas veces con súplicas, otras con amenazas, le roba el dinero, que no es otra cosa lo que él hace, puesto que por él la desdichada esposa se vé precisada á trabajar para vivir, y no tiene para vivir absolutamente mas que el producto de su trabajo. Y tanto envilece la pasión del juego, que si ese hombre viera á la mujer que lleva su nombre envilecida como él, y entregada al vicio también, él se regocijaria muy mucho considerando que así podría subvenir con mayores cantidades á la necesidad constante de dinero en que él se encuentra.—Ahí, en ese mismo sitio se pasa las noches enteras, fijos los ojos en las manos del banquero; algunos dias gana, gana lo suficiente para vivir un mes, y sin embargo, el día siguiente ahí está con lo ganado antes y dispuesto á perderlo otra vez, lo que le sucede siempre.—Y vive miserablemente, y con su levita abrochada en invierno, y sin abrochar en verano, se le suele ver á las horas en que no se juega, que no son muchas por cierto, en la Puerta del Sol, viendo las nuevas construcciones, ó á la puerta del Congreso, que da entrada á la tribuna pública, donde le agrada matar el tiempo oyendo hablar de infinitad de cosas que á él maldito lo que le importan. Pero es que él, que tan demás está en el mundo, y á quien tan poco tiene que agradecer la patria, se interesa grandemente por la suerte de esta, y allí vá á juzgar á los representantes del pueblo, encargados de hacer la felicidad del país, como si él, separado por el vicio de los hombres, é incapacitado moralmente para todo lo que no sea calcular si vendrá la mayor ó la menor, ó si se darán juicios ó contra juicios, ó si se ganará el entrés, ó se perderá el elijan, pudiera jamás participar de la felicidad de la patria, aunque fuera cosa hacédera esta felicidad, que nunca llegamos á ver.—El conoce á muchos hombres distinguidos, que por sus méritos y su trabajo han llegado á ocupar una posicion decorosa y constantemente se lamenta de que ellos hayan adelantado de tal manera, mientras él se ha quedado tan atrás, como si no fuera la cosa mas lógica del mundo que llegue antes al término del viaje el que sigue el camino derecho, y llegue mucho después ó no llegue nunca el que elige un camino que está completamente en direccion contraria.

—Todos, digo, han sido compañeros, condiscipulos míos, y el que mas y el que menos, cuando joven, no tenia sobre qué caerse muerto.

Y se queja él de esto!... él, que cuando joven, tenia una base sobre qué fundar su porvenir, y por consiguiente mucho mas camino andado que los que no tenían ninguna, y han tenido que procurársela á fuerza de trabajo y economía!...

Fijese el lector en la fisonomía de aquel hombre, sentado á la izquierda del banquero, y vea que si nuestra sonrisa se dibuja en sus descoloridos labios, y que sombría espresion de tristeza nubla sus ojos. Aquel hombre está devorado por un inmenso pesar, por un horrible remordimiento; hé aqui su historia.

Pocos años hace que entró en Madrid, lleno de vida é ilusiones, procedente del pueblo de su naturaleza, donde vivian sus padres, regularmente acomodados. El joven venia á estudiar en Madrid, y al efecto, apenas llegó, acudió á matricularse en la Universidad central, á la que durante dos meses asistió asiduamente, procurando á fuerza de aplicación y estudio distinguirse entre sus condiscipulos; pero uno de estos, joven audaz y bullanguero, gran conquistador de modistas, temible leon de Capellanes, y perseguidor incansable de todas las mujeres, le tomó por su cuenta y no le dejó hasta que le vió entregado á todo género de escésos, olvidado de sus padres y de la cátedra, y estudiando, en vez de los libros de Derecho, el famoso libro de las cuarenta hojas. Los primeros dias ganó fabulosas cantidades, pero luego, cuando ya se habia apoderado de él el vicio, comenzó á perder, á perder el dinero que su padre le enviaba para satisfacer sus necesidades; y no solo perdió el dinero, sino que también perdió un año y otro año, y él, el estudiante de mas bello porvenir, vino á ser un miserable, sin otro oficio que el de jugador, y sin mas amigos que sus compa-

neros de vicio. Y engañaba á su padre, que allá en la tranquilidad de su retiro economizaba cuanto podía con el noble objeto de dejar á su muerte una regular fortuna al heredero de su nombre. Siete años pasó el pobre jóven en la corte sin frecuentar otra sociedad que la corrompida de las casas de juego, y mintiendo á su padre que estudiaba con aprovechamiento. Pero no faltó quien avisara, aunque muy tarde, al infeliz anciano, que sin avisar á su hijo, se presentó en Madrid y en la casa que ocupaba el jóven, de la que aquel mismo día había sido despedido por la dueña, patrona de huéspedes á quien no convenían los que le pagaban tarde, mal y nunca, y trasnochaban y vivían sin orden ni concierto. Enterado el malaventurado padre de las señas de la casa donde solía perder todo lo que tenía, que perder el hijo de su alma, armóse de valor y fué á buscarle abrazados los ojos por el llanto, y lleno de mortal angustia el corazón. Allí estaba el estraviado jóven, tan atento al juego, que no conoció á su padre, á quien vió un momento enfrente de él, y que vino después á colocarse detrás de su silla. El jóven acababa de perder una suma considerable ganada á primera hora, y comenzaba á perder su dinero.

—Diez duros al rey! exclamó arrojando un billete de quinientos reales sobre la carta que señalaba.

—El seis en puerta! contestó el banquero volviendo la baraja y devolviendo trescientos reales al jugador.

—Los trescientos al as, dijo este.

Y un momento después el banquero se llevó los trescientos, porque había salido la carta contraria.

—El demonio me inspira hoy! exclamó el jóven limpiándose el sudor que bañaba su rostro.

—Volvió á jugar y volvió á perder, y cuando ya no tuvo dinero que perder, pidió prestado á un jugador mas feliz que se sentaba á su lado, y cuando perdió otra vez, se desabrochó la mugrienta levita y del bolsillo del pecho sacó un medallón de oro y lo puso sobre un tres, diciendo:

—Vale mil reales.

—Se admite por quinientos, contestó impasible el banquero, después de haberlo examinado.

Y cuando lo volvió á dejar sobre la carta, el padre del jóven estendió la mano y cogió el medallón de sobre la mesa.

—Volviéronse el banquero y los jugadores, á tiempo que el anciano, con voz entrecortada por los sollozos, exclamaba:

—Mi hijo es un infame! Iba á jugar la imagen de su madre.

—Y ustedes, añadió, ustedes, todos los que se entregan á este abominable vicio, los que aquí vienen á robarse impunemente el dinero los unos á los otros, son responsables ante Dios de la perdición de mi hijo, y de otros muchos como él, y del infortunio de un honrado padre, condenado á la horrible pena de ver envilecido y sin pudor al hijo en quien cifraba

todas sus esperanzas, toda su fortuna. ¡O! si alguno de ustedes tiene hijos, ¡que Dios no le depre la angustia que siento yo en este instante al considerar que mi hijo ha entrado en el camino del vicio, y que la fatalidad le empujará por ese camino, sin que haya fuerza humana que logre detenerle!

Y el pobre anciano se dirigió á la puerta de aquella casa, y el hijo quedó allí inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y sin atreverse á despegar los labios.

En el umbral de la puerta de entrada se sentó el desdichado padre, esperando que saliera su hijo.

Este salió efectivamente, despedido por los dueños de aquella casa, á quienes había causado cierta sensación la presencia del anciano, á pesar de ser hombres curados de espanto y despreocupados como pocos.

Cuando el padre y el hijo llegaron á la casa de este, que aquel había pagado á su llegada, el noble padre podía apenas hablar. Varias veces lo intentó, pero en vano; la sangre y el llanto le ahogaban.

Cuatro días después el hijo, arrodillado junto al lecho del anciano, estrechaba y humedecía con sus lágrimas la helada mano del autor de sus días, que acababa de entregar el alma á Dios.

El jóven heredó una cantidad regular, con la que pagó sus deudas é hizo los funerales de su padre, y se propuso vivir honradamente de su trabajo; pero cuando la ociosidad es un hábito, cuando el vicio se ha apoderado del hombre, cuando se ha gastado la inteligencia, cuando se han perdido los primeros años de juventud, cuando sobre la conciencia pesa un remordimiento horrible, eterno, cuando un hombre tiene que culparse de haber causado la muerte del infeliz que le dió el ser, no es posible que haya para ese hombre ni paz, ni trabajo, ni amor; es preciso que ese hombre sufra un castigo proporcionado á su crimen, y no hay castigo mayor para el hombre que el vicio mismo.

El jóven, á quien me refero, es hoy el mas desdichado de los hombres: de buen grado se cambiaria por el mendigo miserable que pide el pan de puerta en puerta; porque él no goza momento de tranquilidad, y cuando juega vé enfrente constantemente la imagen airada del anciano padre, y la vé delante de él, cuando, embozado hasta los ojos, pasea solo y como espantado las calles de Madrid, y la vé siempre tambien en las breves horas de un sueño penoso. Y todos se han alejado de él, y no ha encontrado otro amor que el de alguna mujer, tan envilecida como él, condenada tambien á la horrible pena de no tener hogar, ni hijos, ni otro porvenir que el lecho de un hospital.

El lector no se creerá seguro en la casa de juego adonde ha tenido la amabilidad de acompañarme, y yo, si he de decir verdad, tampoco me creo en seguridad; ahora que sé que las autoridades se dedican

que se ha de comer la tierra; estuvo á la altura de las circunstancias; se escudó á sí misma.

Cuando bajó el telón, el público pidió la repetición del baile, y hubo que acceder á su deseo, y Adela y yo gozamos de lo lindo, viéndonos objeto de tan entusiasta manifestación. Porque el triunfo de Adela era mio, legítimamente mio.

¿Qué me importaba ya que aquel gacetero publicara en el periódico el secreto de mi empresa?

Yo mismo hubiera querido publicarlo en todo el mundo en aquellos momentos.

Terminado el baile, me encontré decidido á vencer ó á morir en la demanda, y á no dejar de ser empresario hasta haber perdido el último ochavo, y apurado otros medios que hay para ser empresario, sin tener una peseta.

Lo primero que hice al despertar el día siguiente, fué ir á la contaduría y leer los periódicos.

He aquí algunas gaceticillas de las dedicadas á dar cuenta de la inauguración de mi empresa:

«Ayer volvió á abrirse el teatro de... Se puso el drama *El Hombre de la selva Negra*, en el que el eminente D. José... se hizo aplaudir con entusiasmo del escogido público que llenaba todas las localidades. (Mentira.)—En este teatro se ensaya el drama *Todo es mentira*, original de un conocido escritor, que obtendrá seguramente un lisonjero éxito.—El inteligente y activo empresario D. Marcos Sanchez, se ha propuesto que su teatro sea el centro de la buena sociedad de Madrid, y lo conseguirá sin duda.»

Mucho decir era esto; pero podía perdonarse la hiperbole en gracia de que el autor de la gaceticilla era, según me dijeron, el del drama que se ensayaba.

Otra. «En el teatro de... sucede una cosa muy particular, y es que el empresario y el director de escena reparten arbitrariamente los papeles, no teniendo en cuenta el mérito de las actrices, sino el mas ó menos favor que cada una tiene cerca de uno ú otro de esos dos señores. No se comprende de otro modo que en el drama *Todo es mentira*, que se ensaya ahora, hayan dado á nuestra amiga la simpática actriz la señorita doña Pilar N... un papel secundario, cuando de derecho le correspondía el repartido á otra dama de la compañía. El pú-

can con laudable celo á la persecucion del vicio. Bastan, á mi modo de ver, los ejemplos que acabo de citar para convencer á los lectores, que no estén convencidos ya, de que el juego es el peligro del que mas importa separar á los jóvenes, porque el juego es el vicio que mas seduce, que mas atrae, que mas pronta y cruelmente se apodera del hombre, y que mayores daños puede causarle.

En las casas de juego he visto hombres de sesenta ó setenta años devorando todas las emociones del alzar, y pasando noches enteras en una atmósfera perjudicial á la salud, lo mismo que si se hallaran en sus años juveniles, y sacrificando en aras del vicio lo que mas aprecian, lo que mas temen perder los viejos, la vida. Esto probará el lector que no exagero al declarar el mas peligroso de los vicios, un vicio que tales milagros obra.

El jugador que vea este cuadro de mi galería, no se curará seguramente; pero yo sería el mas feliz de los mortales si lograra que los ejemplos que he citado sirvan para alejar del vicio á los que aun no hayan pisado una casa de juego.

CASCABELES.

—¿Por qué no hace usted vacunar á los chicos, señor Juan?

—Porque la vacuna no sirve de nada.

—¿Cómo que no sirve?

—Mire V. al primer chico que tuve lo vacunaron, y murió á los dos días.

—¿Murió?

—Sí, señor, como que se cayó desde el tejado. Conque vacune V. á los chicos para que se mueran después.

Hoy publicamos una bella poesía de nuestro querido amigo Serra, cuyo nombre esperamos que honre frecuentemente las columnas de EL CASCABEL, así como tambien las honrarán las de otros escritores de los que tienen alcanzada mas brillante y legitima reputacion.

Porque tiene en la cara Inés un grano,
con Inés no se casa don Mariano;
Quien en cosa tan nimia ya repara,
fuera muy infeliz si se casara.

Señor don Carlos Marfori,—muy tocayo y señor mio,—usted habrá ya olvidado,—que hace tiempo soy su amigo,—pero yo que lo recuerdo,—con gran placer he

blico se encargará de hacer conocer su error á los caciques del tal teatro, no sancionando con su asistencia tantos malos desafueros.»

Esta gaceticilla estaba escrita por el gacetero, amigo de la dama jóven graciosa; recuerde V. la conversacion que yo oí á la puerta del vestuario de la Pilarcita.

Otra. «D. José N... no sabe representar mas que cinco ó seis dramas, y los representa siempre, aunque el público siempre se los ha visto representar, y ya no quiera verlos mas. Anoche volvió á regalarnos *El Hombre de la selva Negra*; la entrada muy floja.

Desengáñese D. José... si cada semana no pone una obra nueva, la empresa no podrá sostenerse mucho tiempo.»

El autor de esta gaceticilla era por lo visto hombre imparcial y que no se mordía la lengua.

Otra. «Con mucho placer consignamos el triunfo alcanzado anoche por el distinguido y popular artista Don José... en el desempeño del drama *El Hombre de la selva Negra*. Es imposible rayar á mas altura que anoche D. José... en el difícil papel que en esa obra representó. No podia esperarse otra cosa de un artista que es correccionario nuestro.

Tampoco debemos pasar en silencio el triunfo que logró la nueva bailarina Adela N... en el baile nacional *El majo y la maja*. En vano ha querido la reaccion desprestigiar ese espectáculo tan del gusto del pueblo, ese poderoso mártir, cuya voz se puede ahogar, pero cuyo instinto se manifiesta siempre, á despecho de la tiranía. El baile nacional es eminentemente popular, y patriótico, y está destinado á triunfar de toda invasion, y á trasmitirse de generacion en generacion; como todo lo que se refiere á nuestras libertades patrias. El pueblo aplaudió anoche con entusiasmo á Adela N... y esta es una prueba evidente de la ineficacia de los escrúpulos y las reclamaciones de algunos periódicos mogigatos, que ven un peligro en el baile nacional. Recuerden esos diarios aquel axioma latino: «*Vox populi, vox Dei*.»

El director del *Pueblo soberano* era el autor de las precedentes líneas.

(Se continuará.)

EL TEATRO.

(Estudio de costumbres.)

III.

Los actores.

(Continuacion.)

Confieso á V. amigo mio, que pasé muy mal rato, al convencerme de que me hallaba entre gente egoista é ingrata, que, debiéndome el pan que comia, me desprestigiaba y me escarnecía, como pudiera hacerlo respecto de su mayor enemigo. Cuando terminó el tercer acto de *El Hombre de la selva Negra*, hallábame casi arrepentido de haberme empeñado en tan arriesgada empresa, y no dude V. que me hubiera salvado, renunciando á proseguirla aquella misma noche, si el público hubiera saludado con una estrepitosa y oportuna silba la aparicion en *La estrella polar ó el majo y la maja* de mi idolatrada Adela. Créalo V., si yo hubiera visto derribado y mal trecho el idolo de mi amor, la razon hubiera recordado en mi su imperio, y hoy me tendria V. para lo que gustase mandar clavado aun en el sillón de baqueta de mi juzgado de paz, cumpliendo mis deberes con el celo é inteligencia que, en mejores tiempos reconocian en mí todos los demandantes que producian su queja ante el infrascrito secretario.

Pero estaba de Dios que había de apurar yo todas las amarguras de mi temeraria empresa, y Adela hizo furor. ¡Qué de bravos! ¡qué de coronas! ¡qué de flores! ¡cuántas palomas! ¡cuántos dulces!

Y como gozaba yo en aquella ovacion! ¡Tentando estuve de salir á la escena y decir, saludando con movido:

«Gracias, amado pueblo!»

Adela por su parte, hizo prodigios con aquellos piés

sabido—que le ha dado á usted el gobierno—lo que se llama un destino.—Otro mejor le daría—como yo fuera ministro;—pero como no lo soy,—lo que me estraña muchísimo,—á darle la enhorabuena—mas cumplida me limite.—Gócelo usted muchos años,—aunque esto es difícilillo,—y mande usted como guste—en su casa, amigo mio.

CHARADITA.

La primera en trueno, la segunda en Pinto, la tercera en.... basta con lo que te digo; si el todo no aciertas ni te importa un pito, no llevas el nombre de activo ó pasivo, ni cobras, ni pagas, ni pides destino, por lo que sincera yo te felicito.

La señora de siempre.

Arreglo! Esta palabra, que significa en el hogar doméstico orden, economía, paz, en un desafío ó en un juicio avenencia, que es, en fin, una palabra conciliadora, pacífica, amistosa, es el terror de todos los empleados.

En cuanto oyen hablar de arreglo, ya los tienen VV. agitados, temblorosos, sin apetito, sin color, olor ni sabor.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

Roja como una amapola cuando joven me ponía, cuando en la calle veía al jovencito Arrazola, que mi amor no comprendía.

La señora de siempre.

La España y El Contemporáneo andan á la greña; El Clamor y La Iberia se pelean con una energía digna de mejor causa; La Regeneracion y La Democracia se ponen de vuelta y media.

Esta es la armonía que reina entre los periódicos políticos, cuarto poder del Estado, y ecos de la opinión pública, según ellos dicen.

El catedrático del instituto de Valladolid don Antonio Aguirrezábal, ha publicado un Curso de educación ó Tratado de filosofía moral, que es sin duda una de las obras más útiles y provechosas que pueden ponerse en manos de los jóvenes.

La recomendamos á nuestros lectores, que encontrarán ejemplares de la misma en nuestra Administración y en las principales librerías.

Forma un tomo de 360 páginas, elegantemente impreso, y se vende á 20 rs.

Un personaje muy conocido contaba dias pasados que el verano último estuvo á punto de ahogarse en Biarritz, y que entonces juró no volver á entrar en el agua hasta que aprenda á nadar.

¿Me hace V. el favor de decirme por dónde iré mas pronto á la cárcel?... Soy forastero en Madrid y no sé las calles.

Pues mire V., vuelva V. esa esquina, siga toda esa calle, y á la izquierda verá V. una tienda de platería; entre V. en la tienda, coja del escaparate una caja que hay con cucharillas de plata, salga V. de la tienda y siga andando por cualquier parte, y antes de veinte minutos estará V. en la cárcel.

Muchas gracias y V. perdone. No hay de qué.

Un padre envía á su hijo á estudiar á Madrid, y le recomienda que viva con la mayor economía.

El hijo obediente se instala en una casa de huéspedes, y pregunta á la patrona:

- ¿A cómo están los garbanzos en Madrid?
—A mi me cuestan á 69 rs. la arroba.
—¿Y las perdices?

—A siete y ocho reales.
—Pues póngame V. siempre perdices.

Un carretero á quien el otro dia dió una coza una de las mulas, asegura que esta le tiene mala voluntad, porque él ha aconsejado á su amo, dueño del carro y las mulas, que se deshaga de ella.

Hoy y pasado mañana martes habrá baile en el teatro de la Zarzuela.

Sabemos que va á asistir á estos bailes una sociedad de solterones que se ha declarado disuelta, por lo que cada solteron trata de buscar en el baile mujer con quien casarse.

Estos bailes estarán tan brillantes y concurridos como los anteriores.

ENIGMAS.

5.º Mi poder, lector amigo,—se funda en la vanidad;—gusto mucho á la belleza,—que me busea con afán,—y sin mí, lo mas querido—nadie puede contemplar.

6.º Somos cinco hermanos—de la misma edad,—y nos llevan presos—y en nosotros van.

7.º Lo mismo que un galgo valgo,—y es el galgo muy mi amigo,—y si por el campo salgo,—las liebres mato y persigo,—y nunca puedo ser galgo.

8.º Nombre tengo y no soy nada,—no soy persona ni cosa;—soy muy larga algunas veces,—y otras veces soy muy corta;—nadie está libre de mí,—ni mi presencia incomoda.

Hemos leído en un artículo de un periódico político las siguientes enérgicas frases:

«...quien desvergonzadamente miente, calumnia, atropella la verdad y atribuye las mas repugnantes acciones á quien se ha portado noblemente con tan ruin y despreciable adversario.»

No sabemos si el periódico á quien el colega dirige estas lindezas, las merece; pero lo que vamos sabiendo es que en los periódicos políticos se escribe ya de una manera impropia de la cultura de que tanto blasonan los mismos periódicos.

Si esto es la política, que Dios no nos lleve nunca por ese camino.

La Regeneracion publica unas octavas que quieren ser reales, y realmente todas ellas no valen uno de vellon. Titúlalas su autor La Purificacion de Nuestra Señora. Tratar asuntos sagrados en tan deplorable forma, nos parece imperdonable irreverencia, de la que se hacen cómplices los periódicos que publican esas composiciones desdichadas.

Entre otras cosas dice el poeta (¡y qué poeta!) en las octavas á que nos referimos:

Mil coros, mil legiones de querubes himnos cantando con sonante lira vuelan por los techados de las nubes.

¿No les parece á VV. que el estilo es elegante? Pues oigan VV. cómo empieza otra octavilla:

Y tú, gran Poderoso, que te empinás sobre el celeste azul de las estrellas....

Basta esto para que se convengan VV. de los puntos que calza este poeta que le ha salido á La Regeneracion.

Siguen las reclamaciones de nuestros suscritores de provincias, que ó no reciben ó reciben tarde y estropeados los números de EL CASCABEL.

Aquella decantada circular del Director de Correos ha hecho un efecto parecido al de la cabina de Ambrosio.

TEATROS.

Con placer y con orgullo consignamos hoy el grande, legitimo triunfo obtenido el jueves último en el teatro del Príncipe, por el poeta entre los poetas, por el inspirado autor de El Trovador y de tantas obras inmortales, don Antonio García Gutierrez.

Hoy no tenemos espacio para hacer un artículo crítico de Venganza catalana, que así se titula el drama de García Gutierrez; solamente podemos decir que esta obra es un tesoro, una inmensa riqueza para la literatura española, y una gloria para la patria del poeta. ¡Qué

pensamientos tan bellos de amor, de virtud, de patriotismo! ¡qué sencillez, qué galanura en la forma, y qué grandeza tan admirable en el fondo de esta obra!

Tiempo hace que nuestros teatros no nos servian un manjar tan delicado. Todo Madrid, toda España admirará la última obra de García Gutierrez como nosotros la admiramos.

Quisiéramos copiar aquí algunos pasajes de la brillante, fácil, magnífica versificación del poema, pero como no sabemos cuál escoger, porque todas las escenas, todos los parlamentos son mejores, nos decidimos á aconsejar al lector que vea el drama y compre luego el ejemplar, que estamos seguros conservará como tesoro inapreciable.

El autor fué llamado á escena una, dos, tres, cinco veces, y coronado de aplausos. Debemos consignar que desde la representación de El Trovador, don Antonio García Gutierrez no había vuelto á presentarse en la escena, en la que cada obra le ha valido un triunfo. El jueves salió á la escena, y obró en esto muy cuerdatamente,—que aquel público que con tal entusiasmo, con tanto gozo le aclamaba, bien merecía salir del teatro con la satisfacción de haber saboreado tan magnífica obra, y con la de haber saludado al poeta.

Basta por hoy de la obra de nuestro querido amigo, y vamos á decir algo de la ejecución.

Desde que se anunció que García Gutierrez había dado su drama al teatro de la calle del Príncipe, comenzaron á bullir y á murmurar los apasionados de otros actores y otros teatros, y lo que al principio no pasó de murmuración, llegó á ser, á juzgar por la forma en que se manifestaba, odio y mala voluntad, y casi estábamos á punto de decir que envidia tambien. Y se dió el triste ejemplo de hablar en sentido desfavorable de la ejecución de Venganza catalana antes de que esta obra se representara. Los graciosos dijeron que Venganza catalana seria Venganza de Catalina, y como siempre hay periódicos complacientes que se prestan á publicar gracias agenas y á servir intereses agenos, periódicos hubo que se hicieron eco de la malevolencia y la iniquidad.

Pero la justicia y la verdad han de brillar siempre mientras el mundo sea, por encima de la malicia y la iniquidad, y—ya lo saben nuestros lectores,—Venganza catalana ha valido aplausos y gloria imperecedera al poeta, pero tambien ha valido grandes, espontáneos y justísimos aplausos á Matilde Díez, á Adela Alvarez, á Manuel y á Juan Catalina, y á Mariano Fernandez, que han interpretado el poema de una manera superior á todo encarecimiento. Esta es la mejor venganza de Catalina, la que mas ha de atormentar á sus adversarios; el público se ha encargado de hacer justicia.

Somos amigos de los actores del teatro del Príncipe, pero ni frecuentamos su casa ni sus cuartos en el teatro, ni tenemos ninguna comedia nuestra en su poder; nuestras palabras no pueden tacharse de apasionadas y parciales.

La señora Díez tiene momentos, muchos, felicisimos en este drama; Manuel Catalina caracteriza el bravo Roger como lo imaginó el poeta seguramente; Adela Alvarez, que se ha levantado mucho en esta obra, mereció ser llamada á la escena en el acto tercero; Juan Catalina interpreta fielmente el franco leal carácter de Berenguer de Rondor, y Mariano Fernandez representa un soldado catalan rudo, valiente, con el aplomo y la conciencia de un buen actor,—que ya sabemos todos que lo es, y estudioso y concienzudo, y entusiasta del arte,—No debemos olvidar á Pizarroso y Pastrana, que tambien merecen bien del público.

Enviamos nuestra mas cumplida enhorabuena al poeta, á los actores y al público que acudirá muchas noches á llorar, á reir y á gozar el placer de la admiración y el entusiasmo, al coliseo del Príncipe.

AVUNCIO.

ALMANAQUE

GÓMICO-PROFÉTICO

DE EL CASCABEL.

Este libro, que contiene composiciones bellísimas de Hartzenbusch, Rubí, Serra, Selgas, Laira, Frontaura, Camprodon, Navarro, Regoyos, etc., etc., se vende á 2 reales en Madrid en las principales librerías y en la Administración de EL CASCABEL, Jardines, 41.

Se regalá á los que se suscriban por tres meses al CASCABEL.

Los suscritores de provincias deberán remitir un sello de cuatro cuartos por el porte del Almanaque, al remitir el importe de la suscripción por tres meses.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Miguens, calle de Juanelo, núm. 49.